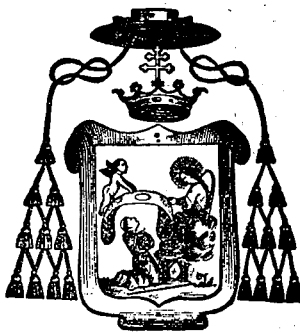


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

Este Boletín está dedicado á la circulación de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demas que convenga al interés del Clero.



SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Los señores eclesiásticos que no el reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

HABILITACION DE LAS CLASES ECLESIASTICAS DE LA PROVINCIA DE ALBACETE.

Desde el dia de hoy que abierto el pago á las clases eclesiásticas de esta provincia de la mensualidad de Agosto último, y lo pongo en conocimiento de los partícipes para que inmediatamente procuren hacer efectivo el cobro en la forma acostumbrada. Albacete 1.º de Setiembre de 1859. El Habilitado, Pablo Medina, Pbro.

CONFERENCIAS PREDICADAS

POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA, EN LA
CUARESMA DE 1858.

SESTA CONFERENCIA.

EL PROGRESO CRISTIANO POR EL AMOR DE JESUCRISTO.

(Continuacion.)

Es el hombre tal cual lo queria San Pablo al decir: *Vita Christi manifestetur in vobis*; el hombre tal cual lo saludaba Tertuliano al presentarle á los paganos como una apología del cristianismo. En él se encuentra la dulzura, ¡y qué dulzura! Se encuentra la paciencia, ¡y qué paciencia! Se encuentra la caridad, ¡y qué caridad! Se encuentra la pureza, ¡y qué pureza! Se encuentra la virtud, ¡y qué virtud! Se encuentra, por último, la perfeccion, ¡y qué perfeccion. ¡Ah!

yo reconozco esta perfeccion, yo la saludo como á hija legítima del amor de Jesucristo.

¿De dónde nace ese cambio súbito, inaudito, milagroso? ¿De dónde esa trasformacion tan radical del hombre y de toda su vida? ¿De dónde nace en tan pocos años un progreso que apenas se concibe pueda realizarse despues de muchos siglos de desesperados esfuerzos? Este progreso es el fruto de la palabra que penetró en el corazon de los hombres con el amor de Jesucristo: *Hoc sentite in bovis quod et in Christo Jesus*: arraigad en vuestro corazon los sentimientos del corazon de Jesucristo. Jesucristo ha tocado los corazones con su corazon, y al contacto de ese corazon divino nacióron nuevos sentimientos en el corazon de los hombres, sentimientos que engendraron nuevas costumbres, y costumbres que al estenderse en los individuos, en la familia, en la sociedad, presentaron bajo el cielo un mundo superior que nace en la cuna de Cristo para desde allí desplegarse en el porvenir.

Hé aquí, pues como el amor de Jesucristo cambió, con la atraccion del mundo moral, el movimiento de la humanidad, determinando por su poder un inmenso progreso. Pero ¡oh! tambien hoy es preciso que se renueve un cambio semejante, y que, bajo un nuevo impulso del amor de nuestro Cristo, se realice un nuevo engrandecimiento. ¿En qué consiste, os preguntais, que nuestras costumbres se inclinan hacia el paganismo? ¡Ah! los corazones se han separado de Jesucristo, y al separarse han salido de su centro dirigiéndose de nuevo á la degradacion y á la

decadencia. ¡Demasiado cierto es por desgracia que Jesucristo no es amado! Cuando veo á mi alrededor á tantos hermanos que yo desearía hacer que remontaran á su grandeza y á su felicidad perdidas, ¿sabeis cuál es el sentimiento que penetra como una profunda espada en mi corazon de apóstol? Es el de verme obligado á esclamar: ¡Jesucristo no es amado! ¿No observais que cada dia y para multitud de cristianos Jesucristo llega á convertirse en un Dios extraño? Pero todavia me equivoco; llega á ser para unos, no ya un Dios, sino un hombre, un reformador, un sabio; para otros llega á ser aun menos que eso, llega á ser una idea, una imagen, un simbolo, un mito, una personificacion simulada, no una personalidad digna de ser amada.

Reparad adonde va á parar el amor de Dios, en el fondo de esos corazones que han dejado apagar en ellos el fuego sagrado del amor de Jesucristo. ¿Creeis que esos hombres que tienen todavia el nombre de Cristo en sus labios, pero que han perdido en su corazon el amor de Jesucristo, aman á Dios? Decidme, ¿lo creeis? No, no le aman, y así como el amor murió en el corazon de los paganos, ha muerto tambien en el corazon de estos cristianos.

Nuestros sabios, nuestros filósofos, nuestros reformadores del genero humano, ¿aman á Dios? ¡Ay! en el seno de sus doctrinas sobre Dios, sobre el hombre, sobre la creacion, sobre la Providencia, el amor de Dios se evapora como una quimera, como un sueño, un imposible; y conquistando mas y mas las teorías panteistas á las inteligencias enfermizas y á los corazones gangrenados dejan tristemente á la humanidad delante de la fria sombra del Dios impersonal. Y esos poetas, esos literatos novelistas, esos dramaturgos que se han olvidado de su bautismo y de su primera comunión, ¿aman á Dios? No; esos hombres, que acaso serán grandes de corazon y ricos de amor, arrojan al viento los tesoros de su corazon, y su amor, sin objeto fijo y sin direccion generosa, va á perderse en la vaguedad de las aspiraciones, ó á evaporarse en medio de los vértigos y de los delirios de la voluptuosidad. Y esas almas pensadoras y melancólicas, que á través de la sombría atmósfera de la realidad buscan las espléndidas visiones del ideal, pareciendo que llevan en sí mismas bastante amor para inundar y cubrir á todo lo que respira sobre la tierra, ¿esas almas, aman á Dios? No, no le aman, sueñan un imposible al amarse á sí misma, y van esparciendo el amor que su-

perabunda en su corazon, sin que una sola vez en su vida tengan el valor de ensayar el modo de hacer subir á su centro todos esos amores que se extravian.

Y si de un extremo pasamos á otro, si de las almas de los artistas, de los poetas y de todos esos amantes del ideal, pasamos á los adoradores de la materia, de lo positivo, de lo real; ¿podremos encontrar el amor de Dios? Decidme, esos industriales sin cristianismo, esos positivistas sin principios y esos realistas sin costumbres, ¿aman á Dios? Tienen un corazon, sí, pero ¿dónde está ese corazon? ¿Me lo preguntais? Va, se dirige á la materia y á la carne. Y todo ese pueblo que no conoce ni ama á Jesucristo, todo ese pueblo que maneja el cincel, el martillo y la lima; todo ese pueblo que vive encorvado bajo la pesada carga de su trabajo, que ya no interrumpe el santo reposo del Señor, todo ese pueblo ¿ama á Dios? No lo sé, pero Dios no entra por nada en sus deseos, ni en sus sueños, ni en sus preocupaciones, y no entra porque Dios ha dejado de ser su amor. ¡Ah! este pueblo que tambien tiene necesidades generosas é instintos sublimes, en otro tiempo amaba á Dios porque amaba á Jesucristo; y por muy inclinada que pareciera su vida bajo el peso del trabajo, siempre se levantaba por la fuerza de su amor; hoy nada le levanta, porque nada le hace amar á Dios. Y porque Dios ya no es amado, todo en estas generaciones nuevas descende á lo que mas separado está de Dios, y como este amor ha perdido su centro, hoy, como hace tres mil años, en Francia y en Paris, como en la Grecia y en Roma antiguas, todo vuelve con el corazon estraviado, al orgullo, al sensualismo, á la codicia, al culto de la carne, á la idolatría del oro, á la adoracion del yo; en una palabra, todo vuelve á caer en la concupiscencia, único obstáculo del progreso y con ella y por ella todo se inclina á la ruina, todo nos amenaza con la decadencia.

¿Quién hará nuevamente que remonte la humanidad?... ¿Quién? El único poder que la hizo remontar hace cerca de dos mil años: el amor de Jesucristo, que apoderándose del corazon de los hombres, le colocará en el corazon de Dios y rompiendo la barrera que le detiene, abrirá delante de nosotros la carrera del progreso, cerrada por la fuerza retrógrada de la concupiscencia. Este es el reinado de Dios que debe renovar la tierra y engrandecer á la humanidad; bien lo veis, es el reinado del amor de Jesucristo, que habrá llegado á ser todo en todos y todo en cada

uno; del amor, que uniendo en sí mismo y por sí mismo los corazones de los hombres á Dios, una tambien todos esos corazones entre sí por el corazon de Nuestro Señor Jesucristo. Hé aquí el reinado de Dios que la humanidad apetece, que es la necesidad de la época.

¡Ah! el mundo está lleno de corazones, de corazones amantes, fraternales, generosos que sufren un inmenso malestar y no saben donde posarse: y yo creo ver en el fondo de esos corazones el amor que se agita con ansiedad, con temor, y casi podria decir con desesperacion. Siento pasar por todas partes una llama universal que aspira al amor; llama que es al mismo tiempo dulce y terrible, fecunda y tempestuosa. ¿Pero qué es, qué significa esta llama? Son millones de corazones que se han separado de su centro y que dicen al pasar y en sus locos movimientos: Queremos amar y no encontramos el amor. ¿Se ha sentido alguna vez, como en nuestro tiempo, en la atmósfera de las almas las aspiraciones del amor, del amor que sueña, del amor que llama, del amor que sufre, del amor que se vé morir porque no sabe dónde descansar su vida? ¿Se ha visto nunca como en estos nuestros tiempos de luchas, de conmociones y de tempestades, en las academias, las escuelas, los partidos, los casinos y las fábricas los predicadores, los buscadores, los organizadores del amor fraternal? ¿Y os figurais que en el fondo de todo esto no hay alguna cosa profética? ¿Creeis que esta aspiracion de las almas, esta llama de los corazones, que dá á nuestro siglo estremecimientos mas profundos que todos los siglos, no nos trae nada? ¿Y que todo esto en las miras de la Providencia solo debe pasar en medio de nosotros como el huracán que pasa formando torbellinos de la arena del desierto?

¡Desengañaos! Lo que la Providencia prepara, no es lo que los hombres meditan, no es una lucha de odios, es una inmensa explosion de amor que preparará y cumplirá esta explosion de santidad de que os he hablado. Si; lo que la Providencia quiere, os lo digo con verdad, es una renovacion, una restauracion, es, en fin, un inmenso progreso del amor. Si, pero esta restauracion, ¿cómo se realizará? Este progreso, ¿cómo se cumplirá? Por el poder de este amor que todo lo restaura, lo mismo en el cielo que en la tierra: por el amor de Jesucristo.

Cuando veo tantos amores que se pierden en el error, que se precipitan en la carne, ó que se pierden en el vacío, y cuando veo tantos otros

que no saben adonde van, me digo en un impulso de amor fraternal y de ambicion apostólica: ¡Oh, si todos esos centros fueran al centro de todo amor! ¡Si todos esos corazones que huyen, se extravían y caen en la extravagancia fueran á converger en el corazon de Jesucristo! Si esos vientos violentos que agitan la tierra conspiraran unidos para volver á traer á todos esos corazones á su centro, es decir, al corazon de Jesucristo; ¡gran Dios! qué cambio se verificaría en los hombres, qué restauracion en las cosas, que crecimiento en las almas, qué armonía en los corazones, qué fuerza en la sociedad, qué progreso en el género humano! Yo me digo al mirar el corazon abierto de Jesucristo, habitacion viva del amor: Si todos nuestros corazones se reunieran allí... ¡Ah! es un sueño acaso; pero este sueño vosotros me lo perdonareis; sueño con vuestra grandeza, con vuestro progreso, con vuestra felicidad; sueño vuestro cielo en la tierra. ¡Ah! perdonádmelo; es un sueño de amigo, de hermano y tambien es un sueño de apóstol: y Dios que me lo envía, me dice en el corazon que éste sueño puede llegar á ser y será, si no para todos, al menos para un gran número, la dulce realidad. ¡Oh Dios! queréis que conquistemos los corazones por el poder de vuestro corazon, y nos decis: ¿A quién enviaré? Masetro, mi corazon os ha respondido: Héme aquí, héme aquí, enviadme. Creo en el poder de vuestro amor para triunfar del corazon de los hombres; poned su fuego en mi corazon, su soplo en mi palabra, y enviadme. Si no lo conquisto todo, conquistaré una parte generosa, la parte capaz de dar el impulso á la otra; y ¡ojalá esta minoría pueda mostrar, por el espectáculo de sus virtudes, y por el prodigio de su engrandecimiento moral, que el progreso por el cristianismo es el AMOR DE JESUCRISTO REINANDO ENTRE LOS CRISTIANOS!

SÉTIMA Y ÚLTIMA CONFERENCIA.

ELEGOISMO COMO OBSTÁCULO AL PROGRESO.

I.

Después de haber dejado establecido que el cristianismo es la fuente del progreso moral, porque produce perpétuamente la santidad, que es el progreso moral en su mas alta potencia, hemos hecho ver el secreto de este progreso en las poderosas reacciones que el cristianismo opone á todas las concupiscencias que degradan á la

humanidad. Tratando de descubrir despues cuál es la fuerza oculta que ha trasformado al género humano y que ha producido la santidad, causa eficiente y efectiva de esta reaccion progresiva, hemos hallado este secreto en la palabra que reasume todo el cristianismo práctico: EL AMOR DE JESUCRISTO.

Y hemos dicho tambien que el progreso cristiano no volveria á aparecer entre nosotros continuando su marcha diez y ocho veces secular, sino con la condicion de buscar su impulso, su fuerza y su vida en el corazon de Jesucristo, centro vivo del verdadero cristianismo, y único capaz de volver á llevar al órden tantos amores como se extravian.

Ahora queremos demostrar que el amor de Jesucristo posesionado del corazon humano, es la destruccion del obstáculo mas universal y mas fuerte de todos los progresos, porque es la derrota total del EGOISMO.

Por poco dotado que uno se halle de la potencia de amar, y por poco que se experimente la necesidad de darse á otros seres que á sí mismo, se experimenta en la vida el tránsito de ese mal, que es el que hiere mas profundamente al corazon humano: el egoismo. Entiendo por egoismo, la ~~tendencia mas directamente opuesta al verdadero amor~~. Por el amor se sale de sí mismo para darse á otros seres; por el egoismo se encierra uno en sí, para darse á sí mismo. Para amar es preciso ser dos por lo menos. El egoismo vive solo, se complace en su vida solitaria, y dice: Yo, siempre yo, yo solo, yo para nadie, todos los demás para mí; yo el objeto, todos los demás los medios; yo el señor, todos los demás mis servidores; yo la gloria, la única gloria, todos los demás reflejos de mi gloria; yo la voz, todos los demás, ecos de mi voz; yo el centro, el único centro, todos los demás, puntos en mi esfera. En una palabra, yo todo, los demás nada, nada, como no sea para mí mismo; yo, yo solo, yo siempre, repito, y esto basta.

Estas palabras dicen mas que todas las definiciones, y pintan con sus verdaderos colores á ese ser indefinible á quien no se sabe como representar, á quien no se puede dar ni las facciones, ni la fisonomía de un hombre, porque nada hay que mas horrorice al género humano; á ese ser que tiene un no sé qué de duro, de áspero, de frio, de malsano, de mortal; á ese ser cuyo aliento hiela la sangre, y cuyo contacto causa la muerte.

Ya en mi vida he reconocido bastante el fon-

do de las cosas para descubrir la causa profunda de nuestras desgracias, he escuchado el gemido de las almas y el estremecimiento de los corazones, para descubrir en los mas ocultos pliegues de nuestras miserias la causa profunda de esas miserias. Y todo me ha revelado el mismo secreto, todo me ha dado la misma contestacion: *egoismo*, y cuando he buscado un poder para vencerlo, todo me ha respondido: AMOR DE JESUCRISTO.

Cuando de una en otra se penetra en esas miserias que la humanidad oculta en sus profundidades, aun en aquellas que presentan una superficie mas brillante, se llega siempre, sea cualquiera el punto en que se profundice, á tocar ese mal central que es el origen primero y la causa universal de todas las demas miserias. El egoismo es el principio que desorganiza, el principio que divide, que hiere, que deshonra, que rebaja, que destruye, que mata; es, en una palabra, el desórden universal. El egoismo es por su esencia la desorganizacion y la destruccion, es la decadencia misma.

¿De dónde adquiere el egoismo ese poder perturbador? De que es enemigo del órden; y es enemigo del órden, porque escitando á cada individuo á constituirse en centro, y centro principal, rompe la armonía de los seres, que solo existe y se sostiene por la unidad del centro.

Figuraos lo que sucederia en el órden sideral si de pronto todo planeta dotado de libertad, y pudiendo elegir su centro, su órbita y su movimiento, llegara á decir á su sol: «No me acomoda circular á tu alrededor; hace largo tiempo que te estoy honrando con mis marchas obedientes y mis evoluciones dóciles; ahora te toca á tí elegirme por centro y gravitar á mi alrededor; ahora te toca á tí pedirme prestada la luz y el impulso, saludándome al atravesar el espacio con tus respetuosos movimimientos.» Suponiendo que el centro real pudiera abdicar su derecho de ser centro, ¿cómo se encontraria si cada uno de los planetas que hace seis mil años circulan á su alrededor, le hiciera la misma peticion? ¿Cómo llegaria á poner de acuerdo en los campos del espacio, donde Dios le fijó su trono, tantas pretensiones contradictorias, ó si así puedo decirlo, esos egoismos del mundo astronómico?

(Se continuará.)

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA, 34, Y NUNCIO VIEJO, 11.
TOLEDO:—1839.